

El lenguaje del covid: ¡Ojo!

TOMÁS DE VEGA SANTOS
Médico internista

Las palabras pueden generar ideas, y en algunas ocasiones, ideas incorrectas, potencialmente muy peligrosas



Estamos asistiendo al uso indiscriminado por parte de determinados líderes sociales y políticos de una retórica belicista como herramienta para comunicar a la ciudadanía la gravedad extrema de la situación que vivimos y la importancia de seguir fielmente las recomendaciones de las autoridades. Quiero creer que esto se justifica por el laudable objetivo de hacernos partícipes de la trascendencia de la implicación mayoritaria, de elevar la moral de la sociedad en estos momentos tan críticos y no solo con la de cercenar derechos y libertades individuales en otras circunstancias inalienables. Así, términos y expresiones como «enemigo», «trinchera», «batalla», «primera línea», «frente», «victoria», «munición», «invasión», «héroes», «armas», «guerra»... se han adueñado de nuestro vocabulario y lo que es peor, o al menos muy arriesgado, pueden haberse infiltrado subrepticamente en nuestro subconsciente. No olvidemos que en la guerra la primera víctima es la verdad, ya sea por acción o por omisión.

Voces mucho más sabias que la mía han advertido del riesgo de este lenguaje marcial. Es evidente que la pandemia del covid-19 o cualquier otra no son guerras, aunque sí sean tragedias con muchos muertos. Utilizamos cotidianamente estas expresiones como analogías, asumiendo imprecisiones y peligros. Como puso de manifiesto Roger Caillois, «la lógica de la guerra tiende por su propia naturaleza a radicalizarse, a deslizarse por una pendiente hacia posiciones cada vez más extremas»; pues bien, con el discurso de la guerra sucede exactamente lo mismo. Este lenguaje tremendista genera agresividad, inflamación social, lleva a identificar como chivos expiatorios a personas o grupos que cooperan con el avance del enemigo («los jóvenes», «los veraneantes», «los extranjeros», «los chinos», «los temporeros», «los súpercontagiadores»). Invito a reflexionar sobre lo ocurrido desde el inicio de esta pesadilla y evitar repetir errores que hayamos podido cometer en esos instantes de convulsión.

Ahora estamos viviendo una «pandemia de baja intensidad», pero con riesgo de generalización inminente, de que se puedan llegar a repetir cifras y escenas que nos asolaron hace tan solo cinco meses. En Cantabria el impacto

de la epidemia ha sido muy inferior al sufrido en otras zonas. Hemos sido capaces de hacer frente a esta terrible amenaza con solvencia, si bien se han quedado en el camino demasiadas personas con nombre y apellidos publicados en recuadros negros. Cuando los sanitarios acudimos cada mañana a nuestro trabajo o prolongábamos las duras jornadas, los turnos, las guardias, lo hacíamos con imágenes grabadas en nuestra retina que habíamos visto en televisión de lo que estaba sucediendo en Madrid, Barcelona o en otros lugares donde la situación era realmente dramática, nada que ver con la que nosotros estábamos viviendo. Y resonaban en nuestros oídos los mensajes que habíamos escuchado o leído: «enemigo», «batalla», «guerra», «caídos»... Y en esta tesitura teníamos que hacer frente a la atención a personas que ingresaban enfermas... pero que en pocas horas se ponían muy graves y sobre las que había que tomar decisiones muy, muy trascendentes, en muchos casos con ausencia de los medios adecuados y siempre con las limitaciones que implica un sistema sanitario público, universal y gratuito (bendito sistema!).

Los médicos estamos acostumbrados a gestionar nuestras emociones en estas situaciones delicadas, a tomar decisiones sensatas, buscando siempre lo mejor para nuestro paciente, su familia y para toda la colectividad. Sabemos que hay enfermos que por sus circunstancias no se van a beneficiar de un ingreso en UCI, de un soporte vital mal entendido que puede llegar a transformarse en un auténtico encarnizamiento

terapéutico, prolongando una agonía estéril. Eso, en el día a día, lo tenemos perfectamente resuelto gracias a nuestra experiencia, nuestra formación en Bioética y al asesoramiento de los expertos. Pero tampoco nosotros estábamos preparados para esta situación excepcional. Hemos leído muchos protocolos, estudiado muchos artículos científicos, compartido experiencias en videoconferencias con nuestros colegas de aquí y de allá, pero cuando teníamos que tomar las decisiones difíciles, las muy complicadas, de las que dependía el futuro de nuestros enfermos, lo hacíamos con el run-run de «la guerra», «el combate», «la avalancha», «las armas», etc., que sonaban incasantes en nuestras mentes. Y eso, lamentablemente, ha podido condicionar que en alguna ocasión no hayamos optado por las mejores decisiones, las que hubiéramos tomado en otras circunstancias más reposadas. Nunca olvidaré el adiós a determinados enfermos, amigos, que se fueron... Quiero hacer un humilde llamamiento a los responsables políticos y sociales, a sus asesores de comunicación, a los medios, a la sociedad en general para que seamos muy cautelosos al expresarnos y no utilizar alegremente el lenguaje bélico de moda, porque que las palabras no son solo exteriorizaciones de conceptos, sino que existe el camino inverso: las palabras pueden generar ideas, y en algunas ocasiones, ideas incorrectas, potencialmente muy peligrosas. Y a mis compañeros, bravo por todos; mucho ánimo y que los árboles no nos impidan ver el bosque!



CARTAS AL DIRECTOR

La estatua del obispo Eguino y Trecu

Esta semana tuve la oportunidad de visitar la nueva plaza delante del acceso a la Catedral y al Obispado de Santander. Me pareció bien. Ha quedado limpia y el rumor del agua cayendo por los caños me parece muy apropiado. También han instalado en una hornacina de la Catedral una copia de una virgen hecha en resinas y coloreada. Tiene su gracia. Pero es indignante que hayan retirado la estatua del obispo Eguino y Trecu, el llamado 'obispo bueno'. No entiendo nada. Si la plaza delante del Obispado y la entrada a la catedral se llama plaza del obispo Eguino y Trecu, por qué quitan la estatua de allí y la ponen más abajo en una esquina. Es un increíble desprecio del Ayuntamiento de Santander, que ha pagado las obras, y del Obispado, hacia el patrimonio de todos.

PEDRO PÉREZ MARTÍN

El más numeroso de la historia

Los 22 ministros de Pedro Sánchez –es uno de los gobiernos más amplios de la Unión Europea, y el más numeroso de la historia democrática de España– resultan una broma pesada en este panorama de recortes, ajustes y austeridad. La consecuencia, claro, es que hay ministros absolutamente fuera de foco. ¿Qué papel juegan ahora el propio Pedro Duque, la vicepresidenta Teresa Ribera, Manuel Castells, Carolina Darias, Alberto Garzón, Reyes Maroto, Yolanda Díaz, José Manuel Rodríguez Uribes o el propio José Luis Ábalos? Sus funciones pueden ser desempeñadas perfectamente por los titulares de Economía, Hacienda, Seguridad Social, Sanidad, Interior y Defensa, Educación y Exteriores. Ocho carteras, un par de vicepresidencias, secretarías de Estado con más músculo para asumir esas competencias de forma temporal y al tajo. Lo vemos todos muy claro. ¿Lo ven también en Moncloa? Espero que sí.

JESÚS MARTÍNEZ

Lenta y dura recuperación

Los datos sobre los efectos económicos de la pandemia auguran una lenta y dura recuperación. El desplome del segundo trimestre se agudiza con la incertidumbre y una recuperación accidentada en algunos sectores, como el turismo y el comercio. Un proceso que se ha agudizado por el carácter global de la crisis

que no ha permitido que las empresas españolas con presencia exterior hayan podido compensar sus pérdidas. Mientras el covid-19 siga siendo una amenaza real para la economía, el desequilibrio es un dato que se impone una radiografía sobre la que no conviene añadir más dramatismo.

LUIS MARTÍN

Primera semana de colegio

Es viernes y terminó la primera semana de cole del covid-19. Elena y Pilar, mis nietas, se bajan contentas y tranquilas del autobús escolar. No cuentan muchas cosas, salvo que hay nuevas maestras, porque sus tutoras no se han incorporado a las aulas. No creo que sea buen momento para bajarse del barco, no lo hicieron los sanitarios, aunque comprenda todos los escenarios posibles. Seguramente, a los profesores mayores de sesenta años les tendrían que conceder un permiso especial. Me comentaba una vecina que su hija todavía no ha empezado –su marido es autónomo–, porque tienen miedo de que les puedan confinar, pues lo pasaron bastante mal económicamente durante el estado de alarma. Me parece lógico que quieran esperar para ver cómo evolucionan los acontecimientos. Como diría 'Cholo' Simeone: «hay que ir partido a partido» para ganar este «campeonato» y que no haya que cerrar colegios, como en Torrelavega, sustituyendo libros por jeringuillas para la PCR.

FELIPE BADÍA

Los originales que se envíen a esta sección no deberán sobrepasar las 200 palabras. Estarán firmados y se hará constar el número del D.N.I., junto con el domicilio y el número de teléfono de sus autores. El Diario Montañés se reserva el derecho de resumirlos y extraerlos si fuera necesario. E-mail: cartas.dm@eldiariomontanes.es. Correo: El Diario Montañés. Sección Cartas al Director. Avenida de Parayas, 38. 39011 Santander